



## ¡CUANDO DESAPARECE LA ÉTICA PROFESIONAL! Entre la deontología y la axiología

**Mons. César A. Balbín T.**  
*Obispo*  
*Diócesis de Cartago.*

Unidad de Administración y Contaduría - INTEP | Publicación n°5

La Real Academia Española de la Lengua (RAE), define la deontología como la parte de la ética que estudia los deberes, particularmente los que rigen una actividad profesional. También se define como el conjunto de deberes que se relacionan con el ejercicio de una profesión específica. Y se puede considerar como hija de la filosofía moral.

Fue por el año de 1830 que el inglés Jeremy Bentham, filósofo y padre del utilitarismo, comenzó usar dicho termino, sobre todo para referirse a la medicina y al derecho. El término se fue extendiendo y abarcando todas las disciplinas.

Un siglo antes, XVIII, la muy famosa escuela de Tubinga había legado para la historia de la ética teológica el plano tripartito de los deberes: para con Dios, para con uno mismo y para con los demás, en un acercamiento también al primer mandamiento del Decálogo: «amar a Dios, sobre todas las cosas y a tu prójimo como a ti mismo». (Las cursivas son mías), donde aparecen con claridad las más cercanas e importantes relaciones de la persona. Un poco más reciente aparece lo de las relaciones con la obra creadora, la ecología.

Hoy cuando asistimos a una cultura y una sociedad que reclaman, y en no pocas ocasiones de manera airada y violenta, los derechos, es por lo demás muy fácil y hasta común, olvidarse de los deberes.

---

<sup>1</sup> La palabra deontología proviene del griego δέον, -οντος déon, -ontos “obligación”, “deber”; y λογία (loguía) logía “conocimiento”, “estudio”)

Ha habido en los últimos años el infortunio, y también la queja, de la desaparición de la ética profesional de los planes de estudio en la formación y en la educación superior, y las consecuencias de ello son notorias, comenzando porque se pierde el sentido vocacional de las profesiones, que terminan siendo solo medios de sustento, cuestión que, con sus matices, también es válida. Pero no podemos olvidar que el ejercicio de toda profesión debe traer, a quien la ejerce, satisfacción y crecimiento personal, sentirse útil y valorado. Aunque no estamos exentos de un cierto grado de frustración, que aparece de tanto en tanto en el horizonte del ejercicio profesional.

Desaparecida o ignorada la ética profesional, desaparecen la honestidad, la honradez, la laboriosidad, y de aquí a la corrupción, a la inmoralidad administrativa, al trabajo por el mero lucro, al relativismo y al utilitarismo, hay un solo paso y no tardan en aparecer.

La cuestión de la competitividad y de la productividad pueden llevar a perder el horizonte de los valores en el desempeño profesional. Vivimos en un mundo exageradamente competitivo, en donde producir y producir es la consigna. Y no sólo producir para otros, sino también para sí mismo, y estar así al nivel que la vida y el mundo de hoy exigen, y para poder responder también a la sociedad de consumo, que nos invade.

Ser competitivos y producir al máximo, cumpliendo siempre metas para conservar el puesto de trabajo: esto hace que se puedan quedar de lado principios y valores. Es como responder con prontitud al tener, antes que, al ser, cuando este me acerca mucho más a la realización personal, que aquel.

La axiología nos presenta una variadísima gama de valores, de todos los órdenes y tan amplia, que es necesario optar por aquellos que puedan estar a la base para sustentar a los demás, tarea nada fácil, pero no debemos dejar de intentarlo, por ejemplo: la verdad, la lealtad, la honestidad, la moral y la ética. Y de estos penden la justicia, el respeto, la tolerancia, la laboriosidad. El sentido de pertenencia, la conciencia clara de que el trabajo dignifica, y que el pan que comemos y que damos, por ejemplo, a los hijos, es honestamente conseguido.

Tales valores se convertirán en buenos hábitos, o virtudes, de la misma forma en que los antivalores se convierten en malos hábitos o vicios. La vida nos permite cosechar aquello que sembramos: si sembramos malo, cosecharemos malo, si bueno, cosecharemos bueno, pues como lo dice Jesús, no puede el árbol bueno dar frutos malos, y no puede el árbol malo dar frutos buenos. (cfr. Mt 7, 17).

Cuando desaparece la ética profesional, y por ende los valores, el ejercicio de cualquiera de las profesiones queda vacío de sentido. Y esta ética se vivirá en el transcurso de la carrera, pues no podrá ser un honesto profesional, quien no ha sido un honesto estudiante.